

la yerba que cubria la tierra parecia mas rica aún con la luz del crepúsculo: las líneas y los contornos se veian introducirse mas y mas en una sombra que convidaba a los ensueños. En un valle profundo que se asemejaba a un parque, las masas de bambús abovedadas como inmensas olas, parecian animadas: se hubiera creído que se levantaban para venir a nuestro alcance. La luz se cambiaba en esa semi-oscuridad melancólica propia para lanzar al alma en ese exceso de bienestar que confina con la inquietud, con el temor y con la tristeza: el corazon entónces se siente a un mismo tiempo lleno y oprimido. Este género de inexplicable molestia, que no se puede evitar en las horas de presentimiento, se apoderaba de mí poco a poco.

En el momento que bajábamos al valle desfiló frente a nosotros una série de coches, y entre ellos, un carro dorado, tirado por cuatro caballos negros, con un dosel de terciopelo guarnecido con borlas de oro y plumas de avestruz: un negro viejo, bastante parecido a un mono, ocupaba el pescante: un paño de negro y oro, que nada cubria ya, estaba en el interior de aquel carro triunfal, detras del cual venia una hilera de carruajes. Volvian de conducir a un rico a su última morada, y los herederos regresaban al galope a su casa para dar una comida de gala y entregarse a los dulces ensueños de la siesta. Otros carruajes de la misma especie, unos llenos, otros vacíos, unos ricos y otros pobres, rodaban por el camino en aquella hermosa tarde, a través de las bellezas de la risueña naturaleza.

Mi turbacion, mi emocion, iban siempre en aumento. Pasamos una eminencia al galope, y llegamos frente a la ciudad funeraria. La última luz que se extinguia, la última onda de los rayos rotos del sol se deslizaban sobre el parque consagrado a la muerte. Entramos a un vasto jardin, donde las mas hermosas plantas del mundo formaban calles rectas entre tumbas de mármol irregulares y sin arte. Entre estos monumentos han establecido prados de flores magnificas, pequeños senderos y grandes estanques llenos de agua. Se diria que estas partes del jardin vacías y pacíficas están destinadas para los paseos de los muertos. Aquellas fuentes y aquellos estanques están desprovistos de surtidores de agua: quizá el movimiento de las aguas ahuyentaria a las sombras

que pasan silenciosamente. Quién sabe si el sepulturero no percibe frecuentemente por la mañana que faltan en los matorrales algunas rosas que los muertos han cortado y se han llevado a su tumba al primer albor del alba.

Habia algo que hacia estremecer en este contraste entre la muerte y el lujo de estas disposiciones unido a la frescura que por todas partes derramaba la naturaleza. La impresion de inquietud causada por esta hora solemne fué interrumpida por la llegada del guardian. Era este un sacerdote jovial, de traje talar, con un sombrero tricornio de alta copa, un largo cuello blanco, rostro amarillo, atezado y movedizo. Este personaje nos asedió con su charla resonante, cuyo tono se elevaba mas y mas, y que acompañaba con una gesticulacion de telégrafo. Nos hizo, como nos lo anunció pavoneándose, los honores de su propia creacion: hace algunos años que apareció la fiebre amarilla, y entónces concibió la idea de construir para los muertos este parque tan cómodo. Persiguió con sus gritos a los habitantes de Bahía hasta que esta obra espléndida, este monumento del progreso quedó terminado, y pudo venir a pasar agradablemente sus dias en el seno de su creacion, segun nos aseguró que lo hacia. Habita en la casa de los muertos situada en el centro del parque. Nos contó en tono sobreagudo y con gestos vehementes, la visita del emperador al *Campo Santo* y la satisfaccion extraordinaria que el príncipe habia manifestado al ver su obra maestra. Por lo que a mí toca, bastaria este custodio descarado, cuyo entusiasmo probablemente estaba animado por el *cachaça*, para que me inspirase horror el pensamiento de reposar un dia en estos lugares. Semejante órgano podria reemplazar ventajosamente todas las trompetas del juicio final.

Dejé con un sentimiento mezclado de indignacion y de horror aquel tan adornado campo del descanso: estos sepulcros de mármol, todas estas disposiciones tan desprovistas de gusto, me hacian recordar, a mi pesar, el cementerio de Nápoles tan poético y cuya belleza excede a cuanto se puede imaginar. A esta hora la atmósfera pesada, sufocante, de la fiebre amarilla, reposaba sobre la comarca: me alejé con miedo del jovial custodio para huir de todas las bellezas materiales de este parque funerario.

Nos enseñaron del otro lado del camino, con aire de desden,

las paredes del cementerio en que descansan los pobres herejes alemanes. Rechazados por la religion de caridad, tuvieron que comprar un campo para ellos. Mas de una vez han procurado colocar en la puerta la señal de la reconciliacion y de la paz; pero siempre ha sido arrancada durante la noche por el populacho de los libres pensadores. Hé aquí lo que hace una nacion que se imagina ser la mas ilustrada del mundo, y que desea tanto ver establecerse bajo su clima calenturiento a estos buenos alemanes tan cómodos para las naciones extranjeras.

No puedo decir si los esclavos tienen su cementerio particular. Esta separacion entre los cadáveres es todo lo que el fanatismo puede haber inventado que sea ménos inteligente y ménos caritativo. Estas gentes quedarán muy sorprendidas el dia del juicio final, cuando Nuestro Señor aparezca en su tribunal, y vean que en el valle de Josafat, donde no habrá paredes de separacion, se acercan todos los hombres, uno por uno, temblando y sin distincion ante el Supremo Juez. Estos pensamientos sirvieron para aumentar la inquietud melancólica que se habia apoderado de mi corazon. Me parecia que el infestado aliento de la fiebre amarilla pesaba sobre el valle y sobre la llanura, donde las tinieblas se hacian más y más espesas.

13 de Enero de 1860.

Hoy atravesamos a toda priesa la pequeña ciudad de Itacaparica, con el deseo de volver a ver la naturaleza lo mas pronto posible. Observamos solamente algunos mulatos que se adelantaban con curiosidad para mirar a los extranjeros que pasaban. Nos aproximábamos ya al jardin que circunda la ciudad, cuando encontramos una especie de hombrecillo, vestido con uniforme de guardia nacional y el baston oficial en la mano. Aquel personaje haciendo mil cortesías se puso a zumbar a nuestro alrededor como un avispon. No sabia cómo ni a quién dirigirse, hasta que al fin se apoderó de la persona de L\*\*\*, y le hizo saber que era representante de la alta policia y que estaba por «el gefe» o *chefe* encargado de acompañarnos y guiarnos, y de llenar a nuestro lado las funciones de protector y de mentor. ¡Oh siglo infortunado el que nos ha visto nacer! Aun en las selvas vírgenes ha de haber policia! Hasta del

otro lado del Océano hemos de encontrar el ojo vigilante de la ley! El baston patriarcal levantado sobre las serpientes y las tarántulas! La vigilancia aplicada a los monos y a los loros! Pobre Brasil; ¿no podias haber tomado otra cosa mejor de nuestra reglamentada Europa? ¡Policia con uniforme en los bosques vírgenes!

No pude reprimir una carcajada de risa; sin embargo, protesté enérgicamente, como *ciudadano del mundo*, contra aquella tutela que se me queria imponer. L\*\*\*, nuestro cónsul, con su docilidad germánica formada en la escuela de las treinta y siete potencias patriarcales, se encontraba muy embarazado, é insinuaba que seria preciso someterse al magistrado del baston; pero yo di rienda suelta a mi elocuencia segun el gusto inglés, la reunion hizo coro, y declaramos con energía que no daríamos un paso más hasta que se cerrara el ojo de la ley. En verdad que no era posible cazar loros y mariposas en los bosques salvajes sintiéndose escoltado por la policia imperial. Despues de largas pláticas, triunfó nuestra firmeza, fueron admitidas nuestras protestas, y el servidor de la ley desapareció.

Itacaparica, como en general todos los excelentes terrenos del Brasil, permanece baldío é inculto; porque este país magnifico es demasiado extenso y tiene muy pocos habitantes. Faltan los brazos para trabajar, y las comarcas mas hermosas, las mejor situadas, están abandonadas a sí mismas y a la naturaleza. Procuran remediar este mal empleando fuerzas mercenarias; pero hoy que está prohibida la libre importacion de los esclavos, aun este precario recurso se comienza á agotar, y la poblacion negra disminuye notablemente de año en año. Así, pues, la decadencia del Brasil es rápida: si el gobierno no se apresura a organizar un sistema regular para atraer colonos, si no triunfa de su aversion tradicional por los extranjeros y si no sabe dominar a los partidarios de la esclavitud, todo este vasto imperio se dislocará, la selva vírgen recobrará su superioridad é invadirá terreno por terreno.

Dicen aquí: «El Brasil es mas grande que Europa, tiene diez veces el tamaño de Austria.» Estas palabras suenan bien al oído, y pueden envanecer estas altivas ideas; pero ¿hasta dónde se extiende la obediencia a la voluntad del emperador? Ni aun adonde llega el hacha del colonó que devasta la selva; porque los ricos colonos son

mas poderosos y mas independientes en sus reinos pequeños que el gran emperador en Rio Janeiro. Contad el número de millas cuadradas que están cultivadas en el Brasil y veréis hasta qué grado se reduce esta nacion gigantesca.

Mas en tanto que la esclavitud subsista no puede haber progreso real ni crecimiento provechoso. La esclavitud y la buena colonizacion no pueden vivir juntas; los propietarios de negros no pueden conformarse con la equidad. Suprimir la esclavitud, seria por lo mismo, el primer acto del renacimiento del Brasil: esto no podria hacerse sin dolor; pero todo lo que tiene vida en este mundo ha nacido con dolor, y en todo caso, el mal seria preferible a la descomposicion y a la pudredumbre.

Los frios políticos dan razones repugnantes para justificar el sostenimiento de la esclavitud. Si un acto de la autoridad la suprimiese, dicen, muchos propietarios se verian completamente arruinados en sus intereses; porque privados de estas máquinas humanas para el trabajo, no podrian cultivar sus inmensos dominios. Así, pues, para no atentar contra esa pereza en que engorrosa vergonzosamente una casta de propietarios, es necesario que generaciones enteras de desgraciados se consuman bajo una odiosa tiranía. ¡Sin embargo, esos negros son hombres y cristianos, han nacido libres bajo la ley de Dios! Se les tiene por tales, puesto que se les bautiza, y puesto que sus propietarios frecuentemente tienen hijos en las negras; ¡hijos que ellos mismos llevan despues a venderlos en el mercado! ¡Qué desprecio de la lógica y de la moral; qué ofensa a todos los principios de la humanidad! ¡Por qué las gacetas ultra-liberales, por qué esos celosos campeones del derecho no escriben sobre semejantes hechos? ¡Será porque la explotación de la carne humana está subentendida en una constitucion liberal y democrática? ¡Es esto lo que altivamente llaman los charlatanes un gobierno ilustrado? Pero, ¿qué es el gobierno del Brasil? ¿De qué se compone? ¡Únicamente de propietarios de yeguacerías negras! El emperador mismo posee una de las mas grandes en Santa Cruz, cerca de Rio.

¿Por qué con semejantes instituciones no volver francamente al paganismo? Esto seria lo mas lógico y lo mas cómodo. Seria mas fácil armonizar la esclavitud con el derecho divino: se divi-

diria el cielo en antecámara y salon; a éste entrarían los blancos, y los negros se quedarían en la antecámara.

Comienzo a comprender la razon que han tenido los defensores de la esclavitud para poner en su constitucion democrática un artículo que prohíbe al emperador y a su presunto heredero salir del Brasil; porque en los países extranjeros podrian adquirir conocimientos muy claros sobre la cuestion de esclavitud.

Es imposible que haya colonos que acepten semejantes leyes: los blancos no podrian sacar de su trabajo y de sus esfuerzos una remuneración suficiente, cuando cerca de ellos el propietario hace trabajar gratuitamente a sus máquinas negras, que fomenta sin mas gastos que algunos azotes.

Para que el Brasil subsista en su integridad entre las naciones del globo, y para que prospere, necesita un reformador armado con una vara de acero, un sabio tirano, que funde sus máximas de gobierno en la equidad, sin contemporizar con ningun partido, y que en caso de necesidad muestre una dureza de hierro. Tendría el triste destino de no ser comprendido en su tiempo y de ser odiado por sus súbditos brasileños; pero la historia le reservaría un hermoso lugar entre los hombres que han trabajado por el porvenir, su nombre quedaria estrechamente ligado con las ideas nuevas del Brasil, y las generaciones futuras lo bendecirían. La constitucion que diese debería comenzar así:

Artículo primero. Todos los hombres nacen libres en un imperio libre.

Artículo segundo. El heredero del trono deberá viajar muchos años en el mundo civilizado, para aprender la política por sus propias observaciones y por la comparacion que haga entre su país y las naciones extranjeras.

El cielo de los trópicos no está siempre de un hermoso azul y sin nubes. Este privilegio no pertenece mas que a las felices riberas del Mediterráneo y del Oriente, verdadera patria del sol. En los trópicos el tiempo es nebuloso con frecuencia, y hay lugares, como Petrópolis, donde casi no se pasa un dia sin que caiga un chaparrón. Las nubes se mantienen con la humedad de la vegetacion, y la humedad de la vegetacion con las nubes, lo cual forma un círculo completo. Segun mi gusto, que se ha formado

en el sur de Italia, en España, en la tierra sagrada de Egipto y en los países clásicos de Grecia, estos nublados son, en el verdadero sentido de la palabra, los lados sombríos de la hermosura de los trópicos. Solamente bajo un cielo límpido se siente el alma trasportada y en estado de gustar de la verdadera belleza. A mis ojos, la claridad del cielo, el brillo del sol con los tintes magníficos que da a la naturaleza, es lo preferente a todo lo demás. Bajo una atmósfera pesada el alma se turba y se entristece, y nada puede atenuar este sentimiento, si no es la seguridad del *comfort* doméstico. Los ingleses, que conocen y aprecian el Mediodía y al esplendor del sol, han sabido realizar en su país la idea del *comfort*; por esto la Inglaterra es, en mi opinión, el único país del Norte en que se puede olvidar el Sur por un momento. Alemania, la fastidiosa Holanda y Francia, tan pobre en bellezas naturales, son malos puntos para habitarse: estos países no ofrecen nada que compense la incomodidad de un triste clima, nada que pueda dar al cuerpo esa feliz disposición que produce el movimiento del alma.

Jamás olvidaré la impresión penosa y melancólica que experimenté una vez navegando en el Escalda. Era a fines de Junio: íbamos en el *yacht* de Su Majestad neerlandesa; el sol descendía enrojecido por las nieblas de los canales; un viento frío y desolante soplaba sobre cubierta. En aquel momento, mi excelente amigo, el almirante T\*\*\*, se aproximó a mí y me dijo que tenía mucho gusto al ver que la casualidad me había hecho venir a su país precisamente en aquella hermosa tarde de verano: semejantes a esta, según manifestó, no había más que cuatro ó cinco cada año. Aquel cumplimiento me heló hasta la médula de los huesos: le respondí con una sonrisa melancólica y una sencilla inclinación de cabeza; é inmediatamente fué a procurarme un gabinete bien abrigado. Cuando llegué a Amsterdam (que los holandeses llaman la Venecia del Norte) tuve la grande alegría de encontrar un fuego chispeante en las vastas chimeneas del castillo. ¡Estábamos a fines de Junio!

En los últimos días de Julio fui a visitar al emperador, mi excelente tío, a las ricas comarcas de Bohemia, en su residencia de verano de Reichstad: ¿y qué veo al llegar? Otra vez fuego, que

brillaba en grandes estufas de porcelana. ¡Estábamos a principios de Agosto! En Ischl, que es muy elogiado, y que, haciéndole justicia debo decir que tiene tres y hasta cuatro días hermosos cada año, me acuerdo muy bien que una vez, a mediados de Julio, que los alemanes llaman el mes de la siega, nos hemos podido pasear en trineo sobre la nieve.

En Inglaterra, el arte profundo del *comfort* hace desaparecer en la vida de todos los días la incomodidad mortal de los sentimientos que inspiran estos rigores del clima. ¡Felices los países en que no se tiene necesidad de abatir su espíritu a semejantes cálculos, y donde la vida se pasa en una perpétua armonía, gracias a la seguridad de un cielo siempre hermoso!

A lo que se llama *plantación*, según las ideas de nuestros países, lo designan los brasileños con la bella expresión de *engenho* (que es lo mismo que en su idioma significa ingenio). Esta voz se refiere, sobre todo, a la preparación del material tan considerable de la explotación, *engenho de assucar*; pero cuando se quiere expresar el conjunto de la propiedad, se dice solamente la palabra *engenho*, añadiéndole para mayor precisión el nombre del propietario. La voz *plantación*, que en Europa se encuentra asociada de una manera novelesca á la idea del Brasil, jamás se oye aquí decir, y probablemente ha de ser originaria de las colonias francesas.

En general los franceses tienen el don de embrollar las palabras y las ideas. Así, sus novelas han dado en Europa un significado enteramente falso al nombre de *criolla*. En todo salón de moda, se entiende por *criolla*, un sér seductor, etéreo, una morena con grandes ojos de gacela, que reúne a una vivacidad salvaje y febril, una educación hasta cierto punto civilizada; en una palabra, una hija de padres europeos que la casualidad ha hecho crecer en la zona tropical en las comarcas de Occidente. Es una combinación graciosa de educación europea y desenvoltura americana, y un personaje muy a propósito para la novela francesa que se complace en torturar a la naturaleza. Los buenos parisien-ses y sus adictos quedarían muy sorprendidos si viesan a las verdaderas y auténticas *criollas*. En el nuevo continente, esta expresión comprende toda carne negra, y designa exclusivamente a los negros indígenas: desgraciado del bisoño que dirigiéndose á una

bonita brasileña de color blanco, la calificase, en sus chicoleos amorosos con aquel bello epíteto de novela y la llamase *criolla*. Estoy seguro que en el mismo instante se vería agarrado por los verdaderos criollos, los esclavos de la casa, y arrojado por la *veranda* en algun matorral de palmeros espinosos.

La persona completa del Senhor G.... correspondia perfectamente a la idea que yo me habia formado de un propietario de *ingenho*: pequeño, rechoncho, nervioso, de constitucion vigorosa, con un vientre respetable, cuello de toro que es señal de fuerza y de voluntad: tal es el individuo. Tiene la cabeza redonda y sólida que distingue a la parte inteligente de la raza latina, una cabeza cuyas facciones y forma recuerdan a los bustos de los emperadores romanos. El rostro, absolutamente rasurado y el pelo corto y ligeramente ondulado, completan esta semejanza. De sus anchos hombros párten brazos musculosos que terminan en unas manos que parecen de hierro, aunque están bien modeladas.

Aquel personaje notable es el propietario mas rico del distrito de Bahía, y el que tiene mejor asegurados sus intereses. Es el tipo del señor brasileño en la mas perfecta significacion de la palabra. El secreto de su poder está en sus ojos negros como la tinta y de una expresion indescribible. El juego de su mirada inquieta y en movimiento perpétuo, explica toda la formacion de lo que se llama aristocracia brasileña. Aquellos ojos podian, á su voluntad, aparecer cariñosos, despiertos, amables, y aun dulces y respetuosos; pero aunque lanzando una mirada sagazmente amable, procuraban con inquieta vivacidad investigar lo que pasaba, para ver si todo iba bien y estaba a gusto del amo, si cada subordinado cumplia con su tarea; y en el fondo de esta mirada, en que se pintaban el instinto de la dominacion y la energía de voluntad que se apoya en sí misma, se veían brillar los relámpagos del ojo del tigre, listo en todo momento para hacer caer su cólera sobre la primera víctima que se presente: las crispaciones de su ancha y mórbida mano correspondian con la chispa eléctrica que se desprendia por entre sus párpados. El propietario de semejante multitud de esclavos, que quiere elevarse á la fortuna por medio de su trabajo, debe vivir en una actividad incesante y bien dirigida, para dominar tantos elementos groseros: es necesario que vigile sin

descanso, y que a todas horas, de dia y de noche, durante toda su vida, esté pronto para ahogar en su gérmen la menor tentativa de insubordinacion con el relámpago fulminante de sus ojos. Si la mirada no basta, es preciso que se levante el brazo poderoso y que el *chicote*, ese cetro de la aristocracia brasileña, haga entónces su oficio.

De paso diremos que el *chicote* es un azote largo en forma de látigo, hecho con dos nervios de buey retorcidos. El observador atento lo verá en todas las casas brasileñas, en el cuarto del amo, y siempre al alcance de su mano. Hay tambien otro instrumento que allí enseñan chanceándose, por poco que uno se preste a entrar en la chanza; los niños de la casa ó el amo mismo lo manifiestan, y se llama la *palmatoria*. Figúrese un disco, que parece cuchara de cocina, adherido a un sólido mango, con el cual se dá cierto número de golpes al esclavo delincuente. Yo mismo ensayé este instrumento en mi mano varias veces y puedo certificar que produce una de las sensaciones mas desagradables. El corazon se subleva viendo la impudencia y descarada jovialidad con que muestran estos instrumentos y describen sus efectos.

Se podian leer en los ojos de aquel rico señor todas estas necesidades de su posicion al mismo tiempo que la expresion de la mas afable cortesía. Su mirada inquisitiva parecia una lanzadera que vá y viene de una extremidad a otra; pero en el sombrío espejo de aquel ojo se podia leer tambien un pasado que explica el origen de todas estas riquezas. Aquellos ojos hablan de un tiempo en que, durante la noche, exploraban con ansiedad las vastas llanuras del Océano, como si su mirada ávida pudiese hacer llegar de África el buque esperado con impaciencia. Hoy el *senhor G....* es el hombre mas amable del mundo, rico como Crespo, bien visto en la corte, muy influente en su provincia y propietario de las mas hermosas casas de campo; en una palabra, es un honrado personaje, en todo el rigor de la expresion. Es la verdadera columna de la aristocracia, y en cuanto a los extranjeros, debo decirlo en honra suya, es el huésped mas agradable que sea posible encontrar.

Cuando lo dejamos, al terminar el dia, la poblacion de la *fazenda* se reunió alrededor del desembarcadero para asistir a la

partida. Nos llamó la atención no ver en una reunión tan numerosa mas que tres caras blancas ó cuatro cuando mas. La dirección de los negros y el trabajo de tantas familias no están realmente administrados sino por dos hombres blancos. ¡Qué carácter de hierro es necesario tener, para conservar sujetas tantas sombrías pasiones por la fuerza moral, puesto que verdaderamente la *palmatoria* y el *chicote* deben ser apoyos bien débiles para este objeto! Desgraciados de los blancos si alguna vez los negros gustan del árbol de la ciencia, y se elevan, por este medio, a la categoría y a los derechos de los hombres pensadores. Felizmente para los propietarios de *fazendas*, el negro no conoce su poder ni tiene el sentimiento de las fuerzas que Dios le ha dado. Si los negros se emancipasen, si estas criaturas oprimidas se ayudaran mutuamente, todos aquellos ricos *nababs* caerian postrados en tierra; porque la extensión de sus dominios no seria mas que un pesado fardo, y la selva, conquistando rápidamente el espacio que se extiende a sus inmediaciones, los arrojaría de sus propiedades.

Bajaba el día, una luz incierta penetraba con dificultad los vapores del crepúsculo: a esta claridad observé dos bonitos niños de rostro ménos negro que los otros: eran dos mulatos, ó mejor dicho, dos *pardos*, que tenían graciosas chaquetas azules y aun zapatos. Al ver su cútis color de chocolate, sospeché algun enlace misterioso entre blanco y negro; y el calzado que usaban me dió ocasion para hacer suposiciones de otra especie. Si hay algo que pueda formar un lazo entre el superior y el inferior, entre la libertad y la esclavitud, ¿por qué el *senhor* G.... no habia de haber contraído aquel lazo? Procurando saber la verdad, interrogué con naturalidad a aquellos jóvenes respecto de su origen; pero sus respuestas fueron bastante embrolladas. Estas mezclas de colores son demasiado frecuentes en las *fazendas*. ¡Qué lado tan repugnante de la esclavitud! Así, los hijos de blancos y negros son semi-esclavos y semi-libres, segun el capricho del padre y del propietario.

El amo nos condujo en su barca oficial hasta nuestro *steamer* que respiraba como si estuviera impaciente. Nos envió tambien, siguiendo el espíritu de la hospitalidad patriarcal, una rica provisión de cocos, cañas, azúcar refinada, rom y *cachaça*, con un saco lleno de *farinha* y frutas de sus magníficos verjeles. Penetrados de

reconocimiento por esta hospitalidad espléndida, encantados con los espectáculos tan diversos y tan interesantes de que habíamos gozado en esta primera *fazenda*, nos separamos del amable G.... estrechándole cordialmente la mano. Si este hombre no tuviese esclavos en su presente ni historias de esclavos en su pasado, yo tendria en mucho contarle en el número de mis amigos, en consideración a su actividad y a las dotes de que lo ha colmado la naturaleza.

14 de Enero de 1860.

Empezó el día por una extraña y grotesca aventura. Atravesábamos la ciudad en calesa de cuatro caballos, para ir a hacer una excursión por los alrededores: alegremente y sin ningun presentimiento enojoso, recorriamos las calles llenas de gente; cerca estábamos de Vittoria, y llegábamos al frente del fuerte de que he hablado, precisamente al lugar desde donde se descubre la magnífica vegetación del valle: de repente vimos a nuestro amigo el botánico y al cazador, que se habian adelantado a pié, empeñados en viva controversia con un personaje de facha sospechosa y vestido de paisano. Nada bueno auguré. Un *soplon* fácilmente se distingue de los otros mortales aun en la zona tórrida.

Cuando nuestros compatriotas vieron llegar al galope nuestro coche, el cazador gritó con todas sus fuerzas a los postillones negros que parasen. Yo mismo dí la órden, y hé ahí que, en el momento, el *soplon* se precipita sobre nosotros inflamado de furor y exigiendo con gesto y lenguaje exaltados que entregásemos nuestras armas y municiones. Sobre esto mismo habia rolado la disputa entre él y el cazador. Con su áspero acento portugués, diez veces mas cómico por la violencia de la pasión, trataba de hacernos comprender que era prohibido llevar armas de caza sin permiso del *presidente*.

Una parte de las personas que ocupaba el coche murmuraba y decia que se nos hacia un ultraje que era imposible soportar; el cazador espumaba de cólera; el botanista filosofaba sobre la civilización brasilense. Yo saqué entónces mis lentes ingleses y fijé en el bribon mi vista por bastante tiempo, con una calma y una impasibilidad germánicas que parecieron ponerlo completamente

fuera de sí. Después de haberle mostrado que de nada serviría hacerme salir de mi humor, calmé a los míos, y les declaré que la ley era la ley, por más irracional y descortés que fuese, y que todos debíamos someternos a ella hasta que se aclarase é ilustrase el caso.

Tres puntos se presentaron desde luego a mi espíritu: en primer lugar, que las prescripciones brasilerenses no estaban conformes con la situación, porque allí conviene que todo hombre libre tenga armas para su defensa y para la caza, en donde los bosques penetran hasta la ciudad y los monos se introducen hasta el palacio de gobierno: en segundo lugar, que habiendo encontrado ya la señora policía su camino por el océano, hacia que las instituciones libres, tan ponderadas de la América, se viesen en este país singularmente mitigadas; y en tercer lugar, que la aventura no era más que una chanza muy grosera que las autoridades locales nos jugaban para vengarse. Evidentemente ellas no podían perdonarnos que las hubiésemos ignorado bajo el punto de vista de la etiqueta, y que el día de nuestra llegada no nos hubiésemos hallado a bordo de la *Elisabet* para recibir las. Por lo tanto, esta medida era manifiestamente una mala venganza, pues durante tres días habíamos circulado en todas direcciones con nuestros fusiles sin ser inquietados, y nadie en Bahía ignoraba quiénes eran esos cuatro hombres de traje extranjero que recorrían la ciudad con cuatro caballos. No sin algún designio se había, pues, aprovechado precisamente del estrecho paso del fuerte para apostar en él un policía.

Como no iba con nosotros ni el cónsul, ni ningún intérprete, y no quería condescender en una discusión más larga con el oficial subalterno de S. M. tropical, ordené que se entregasen las armas. Medí una vez más al través de mi *London-smoke* al buen hombre enfurecido, y para dar una prueba de entera sumisión a las libres instituciones del imperio democrático, le ofrecí además nuestras redes de mariposas como instrumentos peligrosos y prohibidos. El honrado agente por poco revienta de cólera. Todo el pueblo que se había agrupado, lanzó un grito de entusiasmo al ver con qué sumisión los europeos acataban las leyes americanas. Las risas se pusieron de nuestro lado. El soplon exótico, que, a lo que

parece, había contado con una resistencia, se retiró confuso y becado. Hay rivalidades de continente a continente, por lo mismo que existe un patriotismo continental. En este negocio, me sorprendió singularmente ver que un italiano, hombre de cascos calientes, tomase nuestro partido sin que nadie le invitase, y defendiese nuestra causa con la mayor vivacidad.

Acompañó al policía, que recorrió con nuestro cazador y el *corpus delicti*, toda la *scala santa* de las autoridades imperiales. Este paseo duró tres horas y media. Pero el aviso oficial llegó al granmogol antes de lo que esperaba y deseaba. Envié en el curso del día al más joven oficial de nuestro buque para que manifestase al *presidente*, en términos categóricos, no tanto mi admiración sobre el asunto en sí mismo, como mi sorpresa de no haber recibido antes aviso de tales prescripciones chinescas, con un permiso espontáneamente enviado por las autoridades, cuando habíamos atravesado ya varias veces el arsenal imperial con armas y municiones. Además, le anuncié que manifestaría a su emperador mi sorpresa por tal aventura. El efecto fué inmediato: el granmogol renunció desde luego a su tono solemne y a sus planes de venganza tan bien combinados, y se confundió en un diluvio de excusas. ¡Pobre soplon!

Nos dirigimos en seguida a un bosque magnífico. Un prolongado y agudo silbido, semejante al que se escucha en los caminos de fierro, se oyó resonar en las profundidades de los bosques. Este ruido singular se oye tres veces por día en las selvas de la zona tropical: por la mañana, a medio día y al ponerse el sol.

Llamábasele chanceándonos: "El tren de medio día." El autor de este inmenso suspiro lleno de angustia, es la *cicada manífera*. No se la puede ver, ni descubrir; pero su grito da la señal regular é infalible a ese ruido extraño é indescribible que resuena momentos dados en los trópicos. Es como un numeroso concierto de voces invisibles, acordadas en todos los tonos, que se repite en la atmósfera tranquila de los bosques. Nada percibiréis, no observaréis ningún movimiento, ni una rama agitada, ni un murmullo en el follaje, y repentinamente resonará ese chillido indefinido, unas veces cerca de vuestros oídos, y otras a gran distancia. Es como la llamada del velador. Antes de las doce del día no había

mas que silencio; apenas si se oía zumbir algún insecto: esta señal anuncia que el silencio ha llegado a su término. Inmediatamente se levanta, en todos los tonos, un canto de alegría universal para saludar la llegada al zenit del astro fecundante. Al principio esta prolongada llamada va seguida de algunos acentos aislados, semejantes a los preludios de los instrumentos; después las voces se multiplican y son murmullos, gritos, zumbidos y trinos; introduce la cadencia en la melodía, y el gran unísono de la vida estalla en pleno concierto bajo las verdes bóvedas de la inmensa catedral. La impresión es soberana. Sentíase uno aislado bajo el severo esplendor de las plantas mudas; seguíase en silenciosa marcha bajo el peso del calor del día por el centro de aquellos hechizos espléndidos, pero inanimados; y súbitamente un concierto invisible os saluda por todos lados. Aquel bosque, penetrado de un poderoso espíritu de vida, aquella sombra misteriosa, bajo la cual millares de plantas desconocidas gozan del reposo de medio día, y en fin, aquel maravilloso concierto exaltaron en mí la admiración entusiasta, los arrebatos de alegría que llenaban mi alma desde los primeros pasos en este suelo nuevo.

Caminando bajo la bóveda espesa del bosque, pasé en revista los recuerdos de mis numerosos viajes, y llegué á concluir, que el hombre que tiene el sentimiento de la naturaleza, debe asistir a tres grandes espectáculos para conocer lo que la tierra ofrece de mas sublime. Primero, á una mañana en los Alpes, sobre una cima elevada, al aire puro, lejos del movimiento del mundo. Allí, rodeado de las riquezas de la flora alpestre como de un magnífico esmalte natural, de gencianas azuladas, de risueñas rosas, de pensamientos, de miosotis, claveles y violetas; bañado por el fresco vapor de la mañana que atraviesan poco a poco los rayos de la luz, ve extenderse las estrellas en el argentado firmamento. Un hálito poderoso parece mover el seno de la tierra que despierta. Los copos de nubes se disipan en los valles; el Oriente se cubre de tinte purpúreo, mas y mas brillante; las cimas y sus campos de nieve se encienden mas y mas bajo la luz dorada; los abetos sacuden el rocío de sus ramas. Súbitamente el sol, rasgando el velo de los gigantescos montes, se levanta en todo su esplendor, dirigiendo sus rayos, como mensajeros de alegría, a los verdes valles y a los

relucientes lagos; y de todas las profundidades sube en señal de gratitud, el canto de los pájaros y el toque armonioso de las campanas.

Tal es el primer cuadro. El segundo es el del medio día en el paraíso tropical, con la exuberancia de perfumes y de flores, de vida y de sonidos, y con el sentimiento de regocijo que despierta el sol en su apogeo; delicias que mi corazón saboreaba en aquel momento, con admiración llena de reconocimiento.

El tercer cuadro es el de la tarde en el desierto, cuando el disco inflamado, cubierto de un velo de sangre, desciende a los vapores que producen el mirage, en los momentos de desaparecer en el lejano horizonte del mar de arena. El firmamento se tiñe de púrpura; la vasta llanura se cubre de polvo de oro y plata; paulatinamente van borrándose los colores, y el cielo se siembra de diamantes. Los buitres se ciernen, y cual negras fantasmas describen sus círculos en el fondo iluminado como por el fuego blanco de un hornazo; el camello, como una sombra que viaja, prosigue silenciosamente su camino. Los creyentes vueltos en dirección de la Meca, cantan la oración vespertina con su acento monótono, mientras que las estrellas del Poniente encienden sus luminarias en la bóveda de sombrío azul. Un soplo fresco y vivificador, que es el bálsamo de la noche, pasa como un dulce zéfiro sobre la plateada arena, y la luna llena, de doble tamaño al principio de su curso, se levanta serena y pura por el Oriente. Quienquiera ha recogido estos tres cuadros en su alma es un iniciado: el culto de la naturaleza no solo le es permitido, sino obligatorio.

Varios de mis amigos pensaron en calmar su ardiente sed con el jugo de naranjas que llevaban consigo; pero yo mandé a mi negro de alquiler que me buscara agua. El pobre anciano seguía con escrupulosa exactitud todas las órdenes que le daban personas que le eran completamente extrañas. Vergüenza casi nos daba hacer correr de este modo a un hombre de cabellos blancos. Sus idas y venidas dieron lugar, a pesar de nuestra fatiga, a una discusión sobre la esclavitud. Por mas que se haga, es la úlcera que se encuentra aquí por doquier.

Algunos de esos señores defendían la esclavitud como una necesidad; pero por lo que a mí toca, la vista de mi viejo negro me

daba la medida de lo que esta institucion tiene de indigno. Lo habiamos arrendado de su propietario en precio de cincuenta kreutzers: de esta manera era por todo el dia nuestra bestia de carga, y teniamos riguroso derecho de conducirnos con él como nos gustase. Debia sin murmurar, ni replicar, someterse a todos nuestros caprichos, y cuando mas, tenia derecho, al fin del dia, de dar gracias a Dios en silencio, si le habia dado un amo blando y razonable.

A mi entender todo caduca en una sociedad cuando la violencia ha suprimido el contrato sinalagmático entre voluntades libres. Las instituciones que no tienen por base este contrato, no pueden subsistir largo tiempo, ó bien producen malestar y llagas que van emponzoñándose mas y mas, y consumen las fuerzas mas preciosas. La Europa tambien soporta ciertos contratos que no han sido consentidos libremente, y que, asemejándose mucho a la esclavitud, son tambien causas de malestar y fuentes de descontento. A lo ménos entre nosotros se han encontrado fórmulas legales para acallar las quejas: se justifican semejantes contratos por la consideracion del bien general y de las llamadas *necesidades de estado*.

De este género es principalmente la obligacion del servicio militar tal como se impone en nuestro viejo continente: yo la tengo por uno de los hechos mas monstruosos de nuestra época. Pero siquiera aquí es la suerte la que decide, y puede hasta cierto punto justificarse, por el interes del Estado, una institucion que roba a tantos hombres los mas hermosos años de su juventud. En esto tambien la Inglaterra, con sus instintos de independencia individual, parece haber hallado la vía para volver a mejores principios. ¿Y por qué no podria renunciarse al sistema de esos ejércitos tan costosos que devoran tantos hombres? ¿Por qué no reemplazarlos con una landwehr en la que todos tomasen parte, cuya base formarian el patriotismo y el instinto de la conservacion nacional, y que se mantendria con un cuadro de buenos oficiales y administradores instruidos? Las exigencias del siglo y la penuria hacendaria producirán en Europa, tarde ó temprano, una reforma de este género en instituciones que ofenden a la naturaleza.

Capricho es ordinario en los hombres el encadenarse a las pasiones y a los abusos del tiempo tan corto en que viven, figurán-

dose que las cosas no podrian ser de otro modo, y concibiendo temores pusilánimes de solo pensar en un cambio.

Otra llaga de Europa, que recuerda mucho la explotacion de los negros, es el proletariado de la fábrica. En ellas el hombre se rebaja, por la influencia de las máquinas, a la condicion del animal privado de voluntad. El vapor trabaja segun principios matemáticos; el hombre solo es un accesorio, su actividad se circunscribe en límites tan estrechos como el vaiven de una lanzadera; él no dirige nada, solo está allí para tapar los agujeros en el trabajo de las ruedas que andan solas, y su inteligencia acaba por embotarse. Este estado no es mas que un refinamiento de la esclavitud. Un abismo existe entre el linaje de la inteligencia, que inventa las máquinas, las arma y las pone en movimiento, y la masa inculta, medio hambrienta de los tapa-agujeros: una vez entrados en este carril, transmiten la maldicion que pesa sobre ellos a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Pero al ménos, posible les es emanciparse, y el derecho de elevarse por el trabajo subsiste, aunque rara vez ejercido. Este derecho falta absolutamente en la institucion de la esclavitud, en la que reside realmente el principio de la muerte.

Dejamos aquel lugar para ir á ver la quinta de un colono francés. El valle y el camino terminan en una escarpada pendiente. La casa construida en la altura y diferentes trabajos ejecutados, habian comunicado a este paraje cierto aspecto de civilizacion. En efecto, la mano del hombre se ejercitaba en ella y la utilidad no era extraña al designio del propietario. Plantíos de batatas y de algodonales, cubrian en líneas regulares ciertas partes de terreno. Sin embargo, gracias a las formas exóticas de estas útiles plantas, se conservaba el aspecto de un parque. En este particular los ingleses lucen que es maravilla: entre ellos no se sabe en dónde acaba la naturaleza, ni dónde comienza el arte: lo bello y lo útil se enlazan para producir un todo agradable a la vista. El propietario de esta quinta está dotado del sentimiento de estas combinaciones; se nota a la primer mirada que se dirige a los campos en derredor: ha conservado todos los árboles grandes y las hermosas aglomeraciones de verdura: ha seguido las líneas suaves y pintorescas dibujadas por el Creador. En torno de la casa, ha embelle-

cido a la realidad multiplicando las flores y los arbustos olorosos: ha dejado felizmente las grandes perspectivas de los valles y colinas, y ha sacado partido de la extensa y pantanosa pradera, espacio que le ofrecía la naturaleza para plantaciones productivas.

Un hombre de blusa, sombrero de paja roto y larga barba castaña, trabajaba en el campo: era un francés, una de esas figuras atléticas de las barricadas del *faubourg San Antonio*. Evidentemente el hambre y el calor de los trópicos lo habían domesticado. Muy interesante es observar tales fachas del otro lado del Océano, y dejar a la imaginación en libertad de representarse las aventuras que han conducido a semejante carácter hasta expatriarse; porque carácter se necesita para ir á buscar la vida del otro lado del Océano. La blusa azul de este hombre, sus facciones rígidas y sombrías, denotaban lo que se llama en el lenguaje de la policía alemana, un "individuo." Su cara no denotaba ni la fortuna ni la alegría, sino la experiencia adquirida de la necesidad del trabajo. La vista de europeos le fué manifiestamente agradable: sin duda le recordaba su querido país, las ruidosas calles, la luz del gas y las pulsaciones de la vida en esa ciudad cosmopolita. ¿Y cuál puede ser el crimen que ha hecho de él un *sugeto* para la policía, y que lo obligó á pasar las vastas llanuras del mar para refugiarse en la zona tórrida del Brasil? Nacido en el cuartel salvaje que habitan los proletarios, criado en la ignorancia de Dios y de la moral, hecho hombre por el bautismo de sangre recibido en las barricadas, cuando fué proclamada la nueva república, acaso se habrá olvidado, y en algún momento en que le faltaba pan, ó en una hora de desesperación, habrá gritado en los Campos Elíseos ó en el Boulevard de los italianos, *viva la República!* ¡Pobre francés! Nos dirigió un saludo afectuoso, cambió algunas palabras con nosotros y continuó su trabajo.

De regreso en Bahía, estaba yo apoyado sobre un balcon de nuestro hotel, enfrente de la plaza del Teatro, y dejaba vagar mi espíritu, mirando el magnífico cuadro de la vasta bahía de azuladas aguas, con las velas que se alejaban y la multitud de buques anclados, todo animado por los rayos del sol poniente. Me sentía en la disposición de alma del soberano de la dichosa Samos, contemplando su imperio desde las azoteas de su palacio. Con-

templar libremente, desde un lugar tranquilo, un panorama inmenso, de lejano horizonte, es una ocupación a propósito para dar reposo al espíritu y alegría al corazón.

Me divertía también siguiendo de lo alto de mi observatorio, los movimientos de la población. Sorprendíome la multitud de los negros comparados con los blancos. El pequeño número de blancos que se descubría pertenecía en general a las clases altas; sus movimientos traicionaban la sed y la preocupación del lucro. El móvil de las acciones es aquí como en el resto de América: *time is money*. Es un principio de que en el fondo estoy prendado. Es la base de las empresas, de la actividad que conserva la salud del alma y las fuerzas del cuerpo; es el verdadero *realismo* que empuja al hombre siempre adelante y hace practicable el *socialismo* honrado: pues si todos trabajan, la envidia queda desterrada de la sociedad y la justicia se reconcilia con la igualdad. Solo los esclavos no entran bien en este sistema. Él presenta además otro inconveniente que sirve de diversión á los pueblos del sur de la Europa, italianos y españoles. Siguiendo este principio, el hombre lucha con todas sus fuerzas, sin descanso, con el sudor en la frente, como se lo dijo el ángel en la puerta del Paraíso: va adelante, pena, no se da un momento de reposo, y aumenta sin cesar su haber; pero cuando le sonríe la fortuna, y el saco de dinero se hincha en sus manos, no sabe reconocer el momento de descansar y gozar: no se detiene sino cuando la edad lo encorva y cuando la alegría no puede ya hacerle compañía.

De notar es que en esta multitud de pasantes casi no se ven eclesiásticos; la aparición de un servidor de la Iglesia es un acontecimiento. ¿Dependerá de que estos piadosos personajes son de tal manera devotos, que huyen del mundo y del tumulto?—¡Desgraciadamente en el Brasil nada autoriza para hacer tal suposición!

Necesitamos de una resolución heroica después de comer para introducirnos en el frac negro, apretarnos el talle con un chaleco elegante, y ahorcarnos en una corbata almidonada y de un blanco irreprochable, todo a pesar de la languidez causada por la canícula de los trópicos, y de una fatiga muy natural. Si este yugo impuesto por las conveniencias sociales, es ya pesado en la cere-

moniosa Europa, es verdaderamente odioso en los confines de los antiguos bosques, en la libre tierra de América. Pero había una gran reunión en casa de L\*\*\*, nuestro cónsul, y la casaca negra era de rigor.

Otra razón tenía yo para no ir sino con repugnancia a esta fiesta, y razón muy particular. L\*\*\* me había dicho que hallaría en su casa a los representantes de los gobiernos alemanes y sus familias, y esto me había arrojado en una serie de pensamientos más serios de lo que soportaba una siesta.

Con diferencias de poca importancia y aspiraciones a la unidad, los hijos de la Confederación Germánica están entre sí, bajo el punto de vista político, como perros y gatos.

Mientras cada particularista se encierra en proposiciones generales, se pregunta uno por qué la Alemania no es desde hace mucho tiempo una y grande; pero desde que se llega a las cuestiones de personas, es todo lo contrario, y cada cual considera su pedazo de tierra como el mejor y más necesario, pensando que nada hay más natural como que todo lo demás deba serle sacrificado.

Mientras las otras naciones, ladrando y mordiendo, agarran siempre algo, el buen pueblo alemán hace arengas sentimentales, filosofa, y se canta lamentaciones, que acaban por sumergirlo en un pacífico sueño.

La hora de la comida, hora impacientemente esperada, me arrebató a mis observaciones. Atravesé la *veranda*, en la que reinaba vivísima animación. Veíanse en ella multitud de franceses de todos sexos; oíanse saltar los tapones de champaña, y curiosas fachas de aventureros estaban allí reunidas riendo y charlando. Pasé de esta pieza a un comedor fresco é íntimo en el que excelente comida reunió a nuestra colonia errante. Todo lo que el mar, el bosque virgen y la civilización pueden producir de más delicado y apetitoso se hallaba servido en esta mesa, después de haber pasado por las hábiles manos de un artista francés. Profundos conocimientos habían presidido al empleo de tan preciosos artículos. Mientras que todo pasaba entre nosotros alegremente, pero con la reserva germánica, en la sala vecina se oía á los cuentistas, animados por el espumoso vino, entregarse a una charla inagotable

y de una nulidad completamente francesa. Algunos de esos señores, con sus cadenas de reloj y sus brillantes anillos, eran difíciles de distinguir de los caballeros de industria. Por lo que toca a las señoras francesas que se ven aquí, tienen tonos que recuerdan á las *Damas de las Camelias* de la calle Joubert en el cuartel Bréda. En aquel lugar todo nadaba en champaña y hielo: refrescarse de este modo, es la principal ocupación de los ricos europeos en el Brasil, tan luego como las hamacas se mecen, como se abren las rejillas de las verandas, y la brisa del mar, pasando bajo el cielo estrellado, trae el fresco.

Sin dejar de soñar estando en mi balcón, me invadió una especie de desesperación, un pesar silencioso, que experimento cada vez que me vienen estos pensamientos. Pensaba en el cruzamiento de estados que presenta la gran patria alemana. ¿No sería de desearse que este mosaico estuviese cimentado con más fuerza, para que la Alemania pudiese ejercer una influencia preponderante en Europa, en un siglo en que los caminos de fierro y el telégrafo unen los continentes? Cuando se recorre el globo, se nota con dolor la poca consideración de que en general goza nuestra raza. Ella carece de todo lo que sirve para fundar una gran política, y por lo tanto hace un papel singularmente mediano; se rebaja á servir á todas las otras razas, ó de escalón para los más hábiles. Los alemanes no triunfarán del destino mientras se limiten al papel de filósofos, mientras fatiguen su espíritu en teorías inaplicables, mientras que distraiga sus corazones un sentimentalismo enfermizo, en lugar de inflamarse de orgullo y de entusiasmo. Son ellos los mejores poetas del universo, arpas eólicas que vibran al soplo de todos los dolores de este mundo, músicos y eruditos que nadie podría sobrepujar: brillan en los círculos de cantores y de poetas; hacen con talento todo lo que es propio para embellecer la vida; pero olvidan el negocio principal, y cuando se convienen en reunirse en consejo sobre su existencia política, caen con demasiada frecuencia en la verbosidad teórica.

Y sin embargo, no carecen los alemanes de sentido práctico cuando no se los estorba una organización política llena de obstáculos: lo prueba bien el éxito que han tenido en el gran comercio en todos tiempos y lugares. Se han mantenido en el primer ran-

go en esta escuela de la actividad práctica. Los comerciantes alemanes de Bahía, son por esto mismo muy emprendedores y se elevan rápidamente a fortunas considerables.

Terminó la noche por una cena magnífica, servida con un lujo regio, y compuesta de golosinas de las cinco partes del mundo. Dejé a la tertulia entregada todavía al baile, y entre las espumantes copas, dí gracias a la amable dueña de la casa por su cordial hospitalidad, me tiré en mi calesa y regresé a mi casa en aquella dulce noche de estío en pleno mes de Enero. Embalsamaban el aire suaves perfumes, y la luz de las estrellas resplandecía en el firmamento.

Medio muerto de fatiga, y sintiendo ya vivos dolores en todos los miembros, triste consecuencia de la insolacion, volví ya en coche, ya arrastrándome sobre mis piernas, de nuestro hotel hasta el punto de la playa en donde por primera vez, tres días antes, habia pisado el suelo de América. Horas despues, la Elisabeth humeaba y zarpaba siguiendo la costa en direccion del sur, adonde se hallan las regiones de la verdadera y santa *selva virgen*.

## CAPITULO QUINTO

MATO VIRGEM

Sao Jorge dos Ilheos, 15 de Enero de 1860.

El bamboleo caprichoso y los sacudimientos desordenados de mi hamaca, unidos a vivos sufrimientos en todos los miembros, me despertaron de un sueño de plomo. En los movimientos de mi lecho, noté bien que la vieja Elisabeth nos habia relevado en el servicio de la noche precedente; pero el baile que ejecutaba sobre el océano era mas descabellado que el pretendido wals aleman de las honradas gentes de Bahía. Sentia yo dolores insoportables, latidos y espasmos, que me representaban muy a lo vivo mi imprevision. ¡No haber pensado en abrigarme de los rayos del sol! Cuando pensaba que semejante estado tal vez no me permitiria hacer algunas correrías en los bosques vírgenes, me llenaba de pesar, tenia accesos de tristeza, de desesperacion. En aquel momento los días y las horas de mi viaje eran contados: la menor pérdida de tiempo causada por una indisposicion, se convertía en un mal irreparable para un viajero tan furioso como yo. No se pasea uno todos los días en el océano, y cuando se han gozado las delicias de este paraíso, cada hora se hace mas preciosa que el oro.

En el viaje, el punto esencial es distribuir metódicamente el empleo del día, como yo procuro hacerlo. Entónces, suponiendo que todo vaya bien, hablo de ello por experiencia, es increíble lo que se puede ver en poco tiempo. Pero se necesita energía, nervios sólidos y buena voluntad. ¡No he visitado en tres días toda Roma, la gran